



## CONTRA LA INVISIBILIZACIÓN

Por Hernán Toro

Profesor Titular  
Escuela de Comunicación Social  
Miembro del Grupo de Investigación en  
Periodismo e Información  
Facultad de Artes Integradas  
Universidad del Valle, Cali, Colombia  
herntoro@univalle.edu.co

Q

uisiera comenzar esta intervención evocando un episodio atroz que ocurre en la obra de Shakespeare llamada *Tito Andrónico*. En ella se cuenta la historia del general romano Tito Andrónico, cuya hija

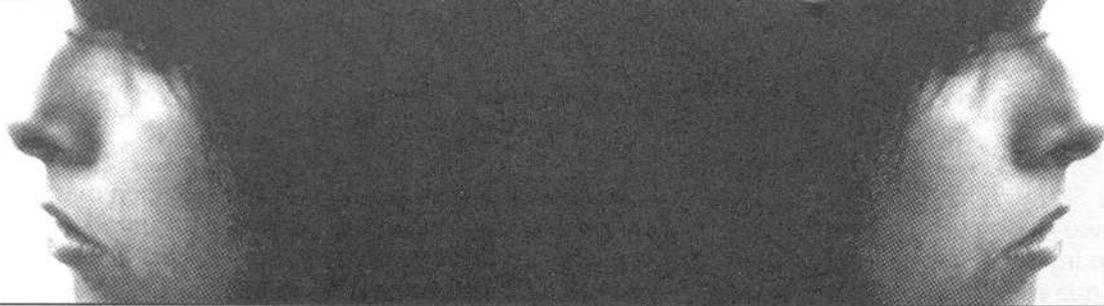
Lavinia y su enamorado Bassiano son llevados, con engaños, hasta un paraje boscoso donde Tamora y sus hijos, Demetrio y Chirón, del pueblo Godo, les han preparado una celada con el interés de destruir el poder del Imperio Romano. Tras asesinar a Bassiano, Demetrio y Chirón, a instancias de su madre, conducen a Lavinia hasta un sitio donde, después de violarla, le cortan la lengua y le cercenan las manos para impedirle que revele la identidad de los que cometieron semejante oprobio.

Este texto fue leído en noviembre de 2005 con ocasión de la presentación del libro *La representación de lo indígena en los medios de comunicación* (Hombre Nuevo Editores, El Espectador, ASCUN, Medellín, 2005)

Tal es el episodio. Sin ser muy consciente de las razones, he pensado mucho en esta obra y en este momento tan intenso y tan brutal al tratar de establecer de qué manera enfocar la presentación del libro que nos reúne en esta mañana, y he llegado a la conclusión de que el arte, que tiende siempre a anticiparse a la realidad, me está ofreciendo a través de la obra *Tito Andrónico* un símbolo perfecto de la incomunicación y de la muerte en acto que ella incuba: al verse privada de su lengua y de sus manos, Lavinia no podrá ni contar ni escribir quiénes fueron sus victimarios, haciendo más penosa la vida del general Tito Andrónico, cuyo destino trágico le ha obligado a traer el féretro de 21 de sus 25 hijos desde los campos de batalla donde ha defendido la legitimidad del Imperio. Pero Lavinia no sólo ha perdido las manos y la lengua -el órgano con el cual puede hablar- sino también, real y simbólicamente, esa otra lengua, La Lengua, la institución social sin la cual no hay comunicación posible: es un ser incomunicado, amputado, excluido, separado: es un cadáver social. Porque toda incomunicación porta en sí los signos de la muerte.

Es probable que la fuerza que tomó en mí esta imagen de Lavinia cercenada de su Lengua esté relacionada y quizás explicada por el hecho de que, revisando las notas con las cuales presentamos esta investigación a un grupo de periodistas en Bogotá hace ya un año y medio, encontré que mi texto había partido de una noticia casual aparecida pocos días antes en el periódico *El Tiempo*, según la cual el español, la lengua española, sobreviviría al final de este siglo todavía naciente y que, en ese mismo lapso, desaparecería la mitad de las 7500 lenguas que a la fecha de publicación todavía se hablaban en el mundo. Lo sorprendente de la información, que por coincidencia ilustraba de manera perfecta la queja profunda que se expresaba en la investigación que en ese momento presentábamos, no era el espíritu alborozado con el que el periódico celebraba la sobrevivencia del español sino la nula trascendencia que le daban al hecho inaudito de que, en cien años, fueran a desaparecer 3750 lenguas. Para este periódico era de segunda importancia, de tercera, de cuarta, de ninguna importancia, que hubiesen bastado tan solo quinientos años para que se extinguiera la mitad de las quince mil lenguas que se hablaban en el momento de expansión de los grandes imperios español y

portugués, y que se requirieran tan sólo cien más para borrar de la faz de la tierra la otra mitad de la mitad, las 3750 de las 7500 que en abril de 2004 se hablaban todavía en el mundo. La indiferencia, la negación y la insensibilidad que ese diario mostraba frente a un hecho tan monstruoso como el que él mismo describía nos la explicábamos hace año y medio, a manera de hipótesis, pensando que esas lenguas que se mueren día a día corresponden a las habladas por pueblos al margen de las corrientes de pensamiento que rigen hoy en día el curso de las sociedades y olvidados adrede por los poderes en ejercicio, pueblos entre los cuales los indígenas que habitan en Colombia ocupan un lugar. Cito lo dicho entonces, en Bogotá: "Menciono este hecho porque es evidente que entre esas 3750 lenguas que habrán de morir podrían estar muchas de las que hoy hablan los pueblos indígenas del territorio colombiano. ¿Podríamos imaginar un desastre mayor? La desaparición de una lengua es equivalente a una catástrofe cultural, porque con ella se va la identidad de un pueblo, y es también una catástrofe humanitaria, porque ella arrastra al pueblo mismo. Esta desgracia es todavía mayor cuando los pueblos son pequeños porque en ellos coinciden lengua y cultura. Los aborígenes de América, que saben muy bien de qué estamos hablando pues han sido y siguen siendo las víctimas de este demencial salvajismo, tienen razón sobrada para entender que detrás de ese anuncio sobre la extinción de las lenguas se multiplica el fantasma que sobre ellos se ha cernido desde siglos atrás: el de su propia extinción". Pensemos solamente en esto: entre ese cercanísimo abril de 2004, que se encuentra a la vuelta de la esquina del tiempo, y hoy, han transcurrido tan solo dieciocho meses, y, de haberse mantenido esa proyección luciferina, en tan brevísimo período han debido desaparecer para siempre cuatro lenguas más. El silencio de los medios sobre semejante debacle humana es inicuo, y se explica, no por ignorancia o por desdén, o por indiferencia, o por un examen de buena fe equivocado, sino porque, a consciencia, participan a su manera de una estrategia común con esas corrientes de pensamiento que ahora citábamos, a esas modalidades políticas de conducir el mundo, cuyo nombre propio, para hablar con total franqueza, es *el neoliberalismo*, encarnado en los *Alcas* y en los *Tlcs* que recorren como espectros devastadores los campos de América y las sociedades del mundo entero.



El libro cuya presentación estamos haciendo en el día de hoy es un libro contra ese silencio, pero es también un libro contra la tergiversación, contra el olvido, contra el desprecio, contra la muerte. Los pueblos indígenas que todavía quedan en el país han sido víctimas de esta infamia organizada, pensada y deliberada: han sido silenciados, tergiversados, olvidados, despreciados, muertos. Y podríamos agregar: expulsados, caricaturizados, burlados, incomprendidos, fragmentados, irrespetados, aniquilados. Esta lista canalla podría prolongarse hasta un horizonte de vergüenza mucho más extenso. La pregunta sobre quiénes han sido los responsables de esta barbaridad premeditada, que ha durado tanto como han sido vigentes en este país los sagrados valores de la cultura occidental, arroja siempre una respuesta genérica y sin faz: el poder. Pero esta es una respuesta a la que se le han extirpado sus peligros potenciales porque, diciéndolo todo, no dice nada. ¿Qué es el poder? Y, sobre todo, ¿quiénes son el poder? ¿Quiénes se benefician del ejercicio de ese poder? Los rostros individuales que se dibujan detrás de esa vaga generalidad -el poder- mutan a lo largo del tiempo y varían de generación en generación, así como sus métodos, pero los propósitos siguen siendo los mismos: desconocer, borrar, expoliar, negar, humillar. De manera pues que para contrarrestar el avance de esa máquina de destrucción, conviene identificar el poder del que hablamos y los agentes que lo activan y se benefician.

Al focalizar el análisis en la representación de lo indígena en los medios de comunicación, no quisimos hacer otra cosa, quienes estuvimos en el desarrollo de la investigación, que privilegiar un objeto de análisis -los medios informativos- interesados, quizás como ningún otro, en pasar por inocentes. Pues la legitimidad de los medios se construye sobre la base de su tendencia a la naturalización, es decir, a querer aparecer como simples vehículos altruistas de problemas objetivos, servidores de un supuesto bien común del cual todos, sin diferencias ni de clase ni de condición, saldríamos favorecidos, negando de esa manera su radical toma de partido y su profunda incidencia en la modelación de la percepción que los individuos nos hacemos de

esos mismos asuntos. Imponen las temáticas, imponen las percepciones y, por la misma vía, imponen los silencios, acallan las diferencias. La crítica al funcionamiento de los medios que se hace en este trabajo no puede ser entendida entonces como un mero ejercicio abstracto de análisis académico; para que ella adquiera su verdadera razón, debe ser referida al problema de la representación de lo indígena en nuestro país.

El rastreo minucioso hecho a las informaciones sobre temas indígenas publicadas en prensa, radio y televisión durante dos semanas del 2002 muestra de forma específica y comprobable la corrección de nuestras aserciones. A través de ejemplos concretos, es posible observar de qué manera lo indígena se omite, se eufemiza, se invisibiliza, se colectiviza, se victimiza, se criminaliza, se segrega, se revaloriza al servicio de otros, se arcaiza, se cosifica, formando una trama compleja de matices descalificativos.

¿Tenemos alguna posibilidad como ciudadanos, como intelectuales y como académicos de incidir en una transformación de estos procedimientos informativos? Sí, claro, la misma investigación es un ejemplo. Pero para responder mejor a esta pregunta, que constituye el preámbulo a mi final, me referiré a algo que sólo en apariencia es una digresión. En el magnífico libro de Wade Davis titulado *El Río* (una de las obras más bellas que jamás me haya sido dado leer), hay un momento íntimo y casi sagrado de suprema soledad y de profunda meditación en el que su autor se pregunta, intensamente emocionado, sobrecogido frente a la grandeza de la selva amazónica, sobre la inenarrable injusticia histórica cometida por los hombres de la llamada "cultura occidental" contra las poblaciones aborígenes de América. Quienes han tenido la fortuna de haber leído este magnífico libro recordarán que Wade Davis está rehaciendo, en los primeros años de los setenta, los caminos que su gran maestro, Richard Evans Schultes, había transitado durante doce años, en las décadas de los cuarenta y de los cincuenta, a lo largo y a lo ancho de la Amazonía investigando el significado etnográfico y botánico de las plantas alucinógenas. Davis ha podido comprobar

personalmente muchos de los hallazgos y de las afirmaciones de Schultes, y ha podido agregar a las observaciones y a las pesquisas de su maestro tantas otras nacidas de su propia experiencia personal, y se encuentra abrumado, bajo el peso insoportable del balance delirante de su trabajo y del de Schultes; no sólo por la increíble diversidad de las plantas alucinógenas, censadas por centenares, y por sus usos rituales y curativos; no sólo por la multiplicidad vertiginosa e incalculable de plantas corrientes utilizadas como base curativa y de protección del alma y del cuerpo; no sólo por la profunda sabiduría de estas sociedades, capaces de encontrar relaciones de complemento y de identidad entre plantas distintas morfológicamente y distanciadas geográficamente por miles de kilómetros; pero sobre todo abrumado, Wade Davis, por la incapacidad infinita de los hombres occidentales para agradecerle a estos pueblos su refinadísimo conocimiento de la vida, de cuyo saber nos hemos beneficiado, y, peor, por su inagotable capacidad de daño en el despliegue de una campaña de expoliación y de muerte que aún al día de hoy no cesa, a nombre, esta vez, del desarrollo de las sociedades y de los supremos valores de la democracia. Davis no es un sociólogo ni un historiador, pero no se equivoca al trazar el subentendido de un arco temporal ignominioso que va desde la llegada de los europeos a América hasta el momento en que él mismo adelanta su viaje, en los años setenta del siglo XX. Y se puede inferir, *a contrario*, que Davis milita por la restitución de la memoria y de la dignidad de los pueblos indígenas pues todo el espíritu de su libro, que muchos comparan con los escritos de naturalistas de tanto prestigio

como Humboldt y Darwin, se encuentra inmerso en la idea de que la verdad sobre estos pueblos pasa, ante todo, por “comprender una nueva visión de la vida misma, una manera profundamente diferente de vivir “ (p. 259).

Al trazar esta perspectiva de comprensión en lugar de una de dominación o de exterminio, la relación con los pueblos indígenas y sus costumbres se convierte en una relación de reconocimiento y de respeto, justamente el polo opuesto de las formas en que de manera dominante ha sido sostenido el vínculo con estos pueblos. Dicho con otras palabras, lo que quizás se perfila tras la postura de Davis es la exigencia ética formulada a nuestras sociedades para que les devuelvan a los pueblos indígenas su visibilidad por siglos negada. Porque ellos, no lo dudemos, podrían decir como decía el poeta francés René Char en otras circunstancias: “Somos invisibles porque no nos quieren ver”. Tal vez así logremos escapar a nuestra vergonzosa condición de Tamoras, Demetrios y Chirones, y ellos, los pueblos indígenas, al terrible destino de Lavinias sin manos y sin lengua, imposibilitados entonces por siempre para denunciar nuestra responsabilidad ante la historia de los hombres.

Permítanme terminar con un poema que escribí anoche pero que en realidad viene desde el fondo de la memoria humana, cuando “las plantas sagradas llegaron aguas arriba por el Río de la Leche en el vientre de la Anaconda y flotaban las almas de los shamanes muertos desde el principio de los tiempos”. Dice así:

Achagua, Amorúa, Arzajos, Andoque, Awá, Bara, Barasana, Barí, Betoye, Bora, Cabiয়ারী, Canyamos, Carapana, Carijona, Cocama, Koconuco, Coreguaje, Coyaima, Cubeo, Cuiba, Curipaco, Chimila, Chiricoa, Desano, Dujo, Embera/Katio, Eperara Siapidara, Guambiano, Guanaca, Guayabero, Huitoto, Ika/Arhuaco, Inga, Kamsa, Kofan, Koguí/Kággaba, Kankuamo, Letuama, Makaguaje, Macuna, Makú-nuka, Masiguare, Matapi, Miraña, Mokaná, Motilón, Muinane, Muisca, Nasa, Noyuna, Ocaina, Pacabuy, Pastos, Piapoco, Piaroa, Pijao, Piratapuyo, Pisamira, Puinave, Sanha, Sáliba, Sikuaní, Siona, Siriano, Siripu, Taibano, Tanimuka, Tariano, Tatuyo, Totoroes, Ticuna, Tucano, Tule/cuna, Tunebo, Tuyuca, W'ua, Wounaan, Wanano, Wayúu, Witoto, Wiwa, Yagua, Yanacona, Yauna, Yucuna, Yuko, Yuri, Yuruti, Zenú.



Los medios colaboran alegremente con la policía para presentar al público ávido de sensaciones esas suculentas imágenes de "elementos criminales" que se revuelcan en el delito, la droga y la promiscuidad sexual o se refugian en la oscuridad de las calles. Y se confirmará que la pobreza es, ante todo, y quizás únicamente, una cuestión de ley y orden, y que se le debería combatir del mismo modo que se combate cualquier otro tipo de delito.

Zygmunt Bauman<sup>1</sup>

